

Freyle, Juan Rodríguez. *El carnero*. Editado por Ángel Esteban y Yannelys Aparicio. Madrid: Ediciones Cátedra (Colección Letras Hispánicas), 2023. 477 págs.

No será menor la sorpresa que se lleve quien acceda por primera vez a las páginas de *El carnero*, título informal pero ya asentado de la que en origen se tituló *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del mar Océano y fundación de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, primera de este Reino donde se fundó la Real Audiencia y Chancillería...*, obra del criollo bogotano del siglo XVII Juan Rodríguez Freyle. Quien entre en ella esperando leer una historia indiana al uso descubrirá que el rótulo era sin duda excesivo e iba cargado de ironía hacia el contenido verdadero de esta crónica principal de las letras neogranadinas, pues poco en su variada materia responde a ese título de épica solemnidad. En el momento de concebir su obra, el propio Freyle se encuentra, de hecho, frente a un particular silencio historiográfico acerca de las cosas de la conquista de Nueva Granada, que el autor justifica en el poco interés que merecieron así sus escasos hechos de guerra como la menguada entidad y riquezas de los pueblos indios de aquellas provincias:

[H]istorias, conquistas y descubrimientos, entre los cuales se hallan algunos rasguños o rastros de la conquista de este Nuevo Reino de Granada; de la cual no he podido alcanzar cuál haya sido la causa por la cual los historiadores que han escrito las demás conquistas han puesto silencio en esta, y si acaso se les ofrece tratar alguna cosa de ella para sus fines, es tan de paso que casi la tocan como a una cosa divina por no ofenderla, o quizá lo hacen porque como su conquista fue poco sangrienta, y en ella no hallaron hechos que celebrar, lo pasan todo en silencio. (135-136)

En lugar, pues, de abundar en la acostumbrada relación de los hechos de la conquista y las vidas de sus claros varones, la sorpresa de *El carnero*



radica en su carácter más propiamente novelesco, centrado en los aspectos cotidianos y menores de la vida de la Colonia; es una narración a menudo fragmentada y sin otro hilo que la atención anecdótica, dirigida más bien por una mirada quevedesca, lo que ya constituye una excepción en el conjunto de la declinante historiografía indiana y resulta, al mismo tiempo, una curiosidad en el hiperculterano barroco de Indias, que en la misma veta satírica de Freyle tan solo encuentra otro caso descollante con Juan del Valle y Caviedes, en el verso.

Aún mayor que la sorpresa de los lectores que se encuentren por primera vez con esta peculiar crónica de Indias ha debido de ser la de sus últimos editores, los profesores de la Universidad de Granada —ahora la vieja, la peninsular— Ángel Esteban y Yannelys Aparicio, al descubrir que esta obra fundamental del siglo barroco no disponía de una edición crítica más o menos reciente en las colecciones españolas de referencia para el canon hispanoamericano, académicas o institucionales; y, aún más, que la prestigiosa colección Letras Hispánicas de Ediciones Cátedra no la tuviera todavía en su catálogo: descubrir por delante tan estimulante tarea habrá supuesto una sorpresa dichosa para los dos editores, y a la vista está que se aplicaron a ella con el cuidado y la paciencia que merecía la ocasión.

La última edición disponible de carácter filológico, algo lejos, sin embargo, de las exigencias ecdóticas de una obra de tan compleja transmisión, es ya la del año 2000 de la casa española Dastin, a cargo de Jaime Delgado, que, como solía suceder con muchos títulos de la colección de crónicas de Indias de esta editorial, no era sino una revisión de la que publicara en 1986 la colección Crónicas de América de Historia 16, la cual había acometido la ambiciosa recuperación de lo más destacado de la crónica de Indias, dando a conocer inéditos en alguna ocasión. En sus ediciones americanas, la obra de Freyle había corrido una suerte dispar y quizá sigue necesitando una edición crítica plena que esclarezca su problema textual. Así, ediciones anteriores que se plantearon sistemáticamente la cuestión textual de *El carnero* son, como ejemplos destacados de distinto alcance, la de Miguel Aguilera para el Ministerio de Educación colombiano (1963), la de Darío Achury Valenzuela para la venezolana Biblioteca Ayacucho (1979) o la más completa de Mario Germán Romero para el colombiano Instituto Caro y Cuervo (1984), a la que sustituyó otra con distinto criterio (1997). Estas y otras veintidós ediciones más —traducciones aparte— que reseñan Esteban y Aparicio, entre

ediciones críticas, anotadas, básicas y facsimilares, componen la tradición editorial de *El carnero*, en la que se pueden advertir distintos criterios y méritos individuales, pero que posee algo en común: todas ellas optan por una de las soluciones editoriales posibles, al seguir un manuscrito o una familia de ediciones filiadas a un manuscrito que luego cotejan entre sí, sin poder acometer la resolución definitiva de sus problemas textuales o la búsqueda de algo parecido al texto ideal concebido genuinamente por el autor. Comoquiera, la edición filológica más reciente de que disponíamos era la citada de Jaime Delgado en Historia 16-Dastin, de la que ya hace casi un cuarto de siglo.

El carnero se escribió entre 1636 y 1638 y fue muy difundida en su siglo y los siguientes mediante múltiples copias manuscritas, pero no se editó hasta el siglo XIX (por Felipe Pérez, en 1859), ya en época republicana, en consonancia con el interés romántico hacia el tipismo costumbrista y el expresionismo de muchas de las descripciones y escenas de sus “historietas” (89), como las denominan Esteban y Aparicio con expresión feliz; no en vano, *El carnero* sirve de antecesora y muy probable modelo de las “tradiciones”, que por entonces iniciaba Ricardo Palma: de la misma década de 1850 data la redacción de las primeras historias que más tarde, a partir de 1872, publicaría como *Tradiciones peruanas*.

Lo cierto es que el problema básico para la edición de *El carnero* proviene de la ausencia de su manuscrito autógrafo. La copia más antigua que se conserva, depositada en la Biblioteca Nacional de Colombia, es el manuscrito Ricaurte y Regueyro, de 1784. La edición príncipe de 1859 debió de haber tenido a mano un testimonio muy próximo al autógrafo, si no es que se trataba de este mismo, ya que Felipe Pérez se refería en su introducción a una “letra pastrana” (34) de la mayor fe para él por su antigüedad; pero se desconoce el paradero de aquel manuscrito; autógrafo o copia, quizá nunca lo sepamos. La coexistencia, después, de manuscritos equipolentes, todos al menos un siglo y medio posteriores al autógrafo, aumentaba la dificultad para fijar el texto. Tras la a veces criticada pero muy utilizada edición filológica de Aguilera —que Esteban y Aparicio defienden del “ensañamiento algo exagerado” (36) de editores posteriores—, la primera edición de la obra en contar con unos criterios ecdóticos explícitos y sistemáticos, la citada del Instituto Caro y Cuervo de 1984, optó como testimonio base por el llamado manuscrito Yerbabuena, datado hacia 1810, último de la serie cronológica de

los seis que se han conservado. Ya Jaime Delgado avisaba de la inexplicable elección que Mario Germán Romero había hecho de ese manuscrito, quizá en apariencia más completo (¿recrecido?) pero intervenido de varias manos, con diferentes tintas y probablemente muy deturpado. La observación de Delgado no bastó para que él mismo se decantara por seguir sin otro examen aparente la edición de Miguel Aguilera para la Editorial Bedout (1968), reproducción de la edición de 1963 y gregaria de la versión príncipe de 1859.

Así que, en definitiva, la tradición editorial de *El carnero* no registra ni una sola edición crítica plena como tal, con la elaboración del *stemma* y la reconstrucción del arquetipo ideal, sino que hasta ahora se ha procedido mediante la selección de un *codex optimus* como testimonio base con el que cada editor fijaba un texto definitivo según su criterio, limitándose como mucho a anotar las variantes de algún otro testimonio para que el lector optara entre ellas a discreción, como hacía la de Achury de 1979. Pero, quizá, dada la ausencia del manuscrito autógrafo y la proliferación de copias manuscritas equipolentes, esta haya sido una solución muy razonable o tal vez la única, que provoca, sin embargo, que existan varios *Carneros*.

Así que, con buen criterio, tal como explican en los dos extensos y muy detallados epígrafes que le dedican al asunto de los manuscritos y las ediciones en su introducción, Esteban y Aparicio se inclinan por tomar como testimonio base para su edición la príncipe a cargo de Felipe Pérez, como la más próxima al hipotético autógrafo y a partir de la cual, como testimonio de mayor prestigio, se ha constituido el tronco común más numeroso de la tradición editorial de *El carnero*. A su vez, cotejan la lección de 1859 con las que por adición, omisión o variante pueden ofrecer otras ocho ediciones que siguen al mismo testimonio y forman así una familia editorial: son las de Henao (1935), la institucional del Ministerio de Educación (1955), Aguilera (1963), Achury (1979), Romero (1984), Lozano (1989), Delgado (2000) y Ramírez (2015). Algunos lectores, sin duda los más curiosos, habrían agradecido ver consignadas las variantes previas a la selección por conjetura que operan los editores, tal vez en un aparato crítico al final del texto que no molestara la lectura; pero suponemos que, como el cotejo se ha hecho entre ediciones que siguen a un solo testimonio, esas variantes son irrelevantes y a menudo simples errores o modas ortográficas. El esmero que han puesto en la descripción de la transmisión y la tradición editorial de la obra en su introducción (ningún editor previo había hecho

un trabajo tan pormenorizado al respecto) nos asegura que los editores se han empleado con el mayor cuidado en esa ingrata pero imprescindible labor de la fijación textual.

En cuanto a la anotación que acompaña al texto, Esteban y Aparicio mezclan notas propias (históricas, léxicas o hermenéuticas, en proporción adecuada y con ocasión siempre oportuna, sin abrumar al lector) con otras extraídas de la breve tradición editorial que les sirve de referencia. En esto han procedido con la humildad y el escrúpulo que echan en falta en otros editores que se dedicaron a fusilar sin piedad las notas de otros (el muy erudito Aguilera parece haber sido el más expoliado), aprovechándose de su trabajo sin citarlo. Ellos, en cambio, citan al autor de cada nota ajena, lo que crea un fenómeno secundario curioso, al convivir en esta *marginalia* estilos de época e inquietudes diferentes que van creando patrones individuales, con los que afloran, a su manera, compañeros de lectura para el lector actual: el fiscalizador Henao, que no le pasa una inexactitud al cronista; el curioso Aguilera, a la caza de la minucia erudita; el escueto y certero Pérez; el voluntarioso Achury, que en 148 notas acomete la ingente tarea de anotar la biografía de todos y cada uno de los soldados nombrados por Freyle (n. 55), etcétera.

A esta tradición necesaria viene a incorporarse ahora la edición de Esteban y Aparicio, precedida por una introducción que, por sí sola, valdría ya el libro, pues, aparte de despejar las cuestiones citadas, se ocupa modélicamente de otros aspectos recurrentes en la crítica de *El carnero*, como la razón y el significado de su título, el género literario o el carácter precursor que algunos comentaristas entusiastas han querido descubrir forzosamente en el libro, como adelantado del pensamiento de la emancipación y hasta del realismo mágico. El cuidado y la prudencia puestos en esta edición, sin dejarse llevar en su cometido por las curiosidades, fantasías, miedos y delicias de esta verdadera intrahistoria de la Colonia, cumplirán sin duda con su función de alargar la vida a la obra y aseguran que esta edición servirá como texto de referencia de la obra por mucho tiempo.

Eduardo San José Vázquez
Universidad de Oviedo, Oviedo, España

Obras citadas

Freyle, Juan Rodríguez. *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del Mar Océano y fundación de la ciudad de Santafé de Bogotá*. Editado por Felipe Pérez. Bogotá, Imprenta de Pizano y Pérez, 1859.

———. *El carnero*. Editado por Ángel Esteban y Yannelys Aparicio. Madrid, Ediciones Cátedra, 2023.